





Virgen





Luciano Bellelli

Virgen

Primera edición: agosto de 2016

© Publicación y comunicaciones Caudal, SL.

© Luciano Bellelli

© Idea y diseño de portada: Bruno Tortolano.

© Foto de portada: 187953749 Getty Images/Carlos Davila.

ISBN: 978-84-16824-14-4

ISBN Digital: 978-84-16824-15-1

Depósito Legal: M-29907-2016

Editorial Adarve

Alameda del Valle, 34

28051 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

IMPRESO EN ESPAÑA - UNIÓN EUROPEA

Para Deni



*I once had a girl
or should I say
she once had me.*

Norwegian Wood - The Beatles



1

—Olé, boludo, olé —decía Adrián mientras me acercaba los dedos índice y mayor a la nariz.

—Salí, salí.

—Olé —insistía él.

Estábamos en las gradas de las canchas de voley del club Gimnasia y Esgrima. Adrián se jactaba de las cosas que había logrado hacerle a Leticia, su novia. Lo escuchábamos Mauro, Rafa, El Francés y yo.

—Estoy a esto de cogérmela —decía, dejando una luz de un milímetro entre dos dedos.

Mi vista iba y venía de los gestos de Adrián a las gradas de enfrente, donde Leticia, Andrea y Juliana ensayaban levantamientos de voley. Ninguna de las tres escuchaba nuestra conversación.

Adrián describía cómo le había metido mano por abajo de la remera o cómo le había pellizcado los pezones, y mis ojos viajaban a través del playón para mirar las apenas perceptibles prominencias del pecho de Leticia. Mientras él narraba con detalle su excursión por la bombacha para tocarle el culo, yo veía a lo lejos las calzas de su novia. Los demás, entusiasmados, hacían preguntas que Adrián se encargaba de contestar con toda la lascivia del mundo.

Quedé atento a Leticia. Estaba sentada como una nena: las piernas torcidas, las rodillas juntas. Usaba calzas negras, una remera lila, botitas Reebok. Tenía el pelo atado, tirante, y la colita le llegaba hasta los omóplatos. Sus ojos eran de un verde penetrante, luminoso. Era elegante, fina, muy dulce. Bastaba hablar con ella dos minutos para diferenciarla de Andrea o de Juliana. Su voz era cálida y se expresaba de manera pausada. Tenía modos de señorita.

Nada que ver con Andrea. El semblante de Andrea era demasiado masculino y cada vez que rodaba una pelota de fútbol saltaba para ro-

bártela. Tenía una cara inexpresiva, redonda, con granos. Su actitud y su vocabulario eran de lo más groseros. Se sentaba como un varón. En su forma de vestir sobresalían los colores dorados y abajo usaba shorts de jean desflecados demasiado ajustados al cuerpo. No era difícil adivinar lo que podía hacerte en la cama.

Juliana, en cambio, equilibraba el todo grupal. Era la más petisa y la más cheta. Rubia de pelo muy lacio, demostraba un interés tonto por los New Kids on the Block, los stickers con purpurina y las matinés en La France. Era linda y la que más me interesaba para mi debut sexual, aunque algo me hacía dudar.

Adrián ahora acercó sus dedos a la nariz de Rafa, que se inclinó para catar el perfume íntimo de Leticia.

—Corten con eso. Si alguna nos ve quedamos para el orto —dije.

Miré con preocupación a Leticia. Me daba miedo que adivinara lo que hacía su novio. No me hubiera gustado verla humillada más de lo que ya estaba. Odiaba el tono canchero de Adrián y que ventilara la intimidad de alguien que no merecía ese trato. No me hubiera molestado que hablara así de alguna chica que conoció en un boliche. Pero Leticia tenía dieciséis años y era también mi amiga.

Las pocas veces que mi viejo aparecía era porque mamá lo obligaba a cumplir con su rol de padre. No me costó nada adivinar cuál era la razón de su invitación a tomar un café para «hablar cosas de hombres». Pidió cerveza para los dos y tuve que aclararle que yo no tomaba alcohol. Ya con mi Coca servida, lo vi sorber la espuma de su porrón y ofrecerme sin vueltas llevarme a un prostíbulo para hacerme debutar con una prostituta. Tanto a él como a mamá les preocupaba que nunca había llevado una chica a casa.

Pobre. Se le notaban los nervios a medida que las palabras salían torpes de su boca. Yo no tenía apuro. Desde los doce alquilaba películas condicionadas. Sabía todo lo que había que saber sobre sexo. Lo único que me faltaba era hacerlo. No me daba vergüenza no haber debutado todavía. Estaba dispuesto a esperar a la persona indicada.

—No voy a debutar con una puta, viejo.

—Pero yo te lo pagaría... es una invitación...

—No me entendés. Quiero debutar por amor.

Mientras decía eso se me apareció de repente la cara de Leticia. Reprimí el pensamiento traicionero y lo cambié por Juliana.

Mi viejo hizo un gesto de sorpresa. Pude ver el choque generacional cuando comprendió que su oferta era inmoral para el año 1991. La costumbre que había impuesto mi abuelo con él ahora quedaba caduca.

Afuera de casa papá era un insensible. Adentro, un sonido: el del toro que me despertaba todas las mañanas. Mi habitación estaba pegada a uno de los consultorios odontológicos. Vivíamos en una casona del Bajo Belgrano. El Rodrigazo había dificultado la obtención de materiales, así que los pisos tenían diferentes tipos de cerámicas y alfombras. La puerta principal daba a los dos consultorios y a la sala de espera, separados de nuestro hogar por una puerta interna. Nosotros entrábamos por el garaje. La casa chorizo estaba compuesta por un pasillo largo de donde iban apareciendo los ambientes. Cuando mi viejo no estaba atendiendo desaparecía en su altillo, donde pintaba cuadros.

Con mamá la relación era más fluida y también se podía describir con un sonido: golpes en mi puerta. Bastaba con que escuchara que yo había terminado de bañarme para que golpeará insistentemente, aun sabiendo que todavía no me había puesto el uniforme. Cuando abría me la encontraba con cara de culo y una bandeja con el desayuno. Nunca me hablaba: sólo gritaba.

—¡Un día podrías venir a desayunar a la mesa, ¿no?! ¡No soy tu sirvienta!

Yo no contestaba. Agarraba la bandeja y cerraba. Me sentaba en la cama y tomaba el café con leche con medialunas mirando la tele. Al rato, otra vez los golpes en la puerta.

—¡Y no sos capaz ni de llevar la bandeja a la cocina! ¡Ya vas a ver cuando te toque la conscripción, ahí sí me vas a extrañar! ¡Lo bien que te va a hacer la colimba a vos!

Mientras despoticaba contra mí se llevaba la bandeja llena de migas.

Yo creía que todos los padres eran así. Hasta el día que conocí al papá de Luca Solomoni, mi amigo del colegio. Solomon (así apodábamos a Luca) era italiano pero se había venido a los cuatro. Era el único de nosotros con auto: llegaba siempre en un Jeep blanco que manejaba sin registro. Conservaba un bajo perfil, aunque cuando hablaba todos le hacíamos caso. Tratava de ocultar el dinero de su familia. Pero sabíamos

que tenía plata. Por eso no me extrañó cuando propuso filmar un corto para la clase de historia en el yate de su padre, amarrado en el puerto de San Fernando. La consigna era parodiar un sketch de Les Luthiers, «El adelantado Don Rodrigo Díaz de Carreras», para conmemorar el descubrimiento de América. Habíamos trabajado en el guion y sólo faltaba producirlo. Nos dieron un día libre en el colegio y nos fuimos todos al yate. Revolucionamos el amarradero. Éramos quince salvajes corriendo, arriesgándonos a que alguno cayera al agua. Solomon era grandote. Cuando uno se desubicaba le aplicaba un correctivo con mano abierta, defendiendo la reputación de su padre en ese selecto círculo de millonarios.

En un momento del rodaje un fuerte sonido nos obligó a interrumpir la toma.

—Es papá —dijo Solomon.

Salió corriendo a cubierta. Nosotros corrimos atrás de él impulsados por la curiosidad. Escuché la voz metálica en el walkie-talkie.

—¿Está todo bien por ahí, Luca? —dijo la voz—. Cambio.

—Sí. Cambio.

—Mirá hacia el norte —retrucó la voz—. Cambio y fuera.

Nos quedamos mirando al cielo, impacientes. El sonido se hacía cada vez más fuerte. Solomon levantó el brazo para señalar algo que se aproximaba. Apareció un helicóptero negro. Las chicas saludaban; otros, como yo, nos hacíamos visera con la mano para que el sol no nos impidiera ver. El helicóptero llegó hasta encima de nuestras cabezas. Una silueta sacó medio cuerpo del aparato: el padre de Solomon. Él piloteaba. Tenía auriculares con micrófono. Nos saludó con una mano. Todos le respondimos. Solomon y su padre conversaron por el walkie-talkie. Cosas de familia. Al rato el hombre metió el cuerpo en el helicóptero, saludó una vez más y pegó la vuelta. Vimos el aparato de punta a punta, su forma de aguacil mecánico: el frente de vidrio, el costado con remaches, las hélices cortando el aire, la cola con inscripciones de una empresa privada. Nos quedamos viéndolo hasta que desapareció.

Una tarde jugaba compulsivamente a un jueguito de computadora. Repetía una y otra vez la misma rutina, intentando pasar a un nivel más alto. Hacía más de cuatro meses que gastaba de tres a cinco horas diarias en eso.

Escuché golpes molestos en la puerta.

—¿Qué? —grité sin soltar el joystick.

—¡Teléfono! ¡Para vos! —dijo mamá.

Puse pausa y atendí. Era Adrián. Me pareció extraño su llamado. Sólo hablábamos en el club.

—¿Qué hacés? —me dijo.

—Jugaba al Double Dragon.

—¿Vas el sábado al club? ¿A qué hora juegan?

Le conté que mi equipo de fútbol jugaba a las 10:30. Le pregunté por su partido. Era a las 12.

—Tengo que contarte algo —dijo después.

No pude evitar preguntarle qué. Él dio vueltas; que no podía hablar ahora, que la madre estaba por ahí, que era mejor contármelo en persona.

—Dale, boludo. Parecés una mina... Te cogiste a Leticia, ¿no? ¿Es eso?

—¿Cómo sabés?

No sabía, pero era obvio. Adrián no hablaba de otra cosa hacía más de un mes.

—Me imaginé. Te felicito.

Adrián se había ido con Leticia a un Sacoa de Avenida Santa Fe. Él jugaba al Time Pilot mientras ella lo miraba. El lugar estaba oscuro, semivacío. Adrián hizo muchos puntos, estaba contento. Leticia lo felicitó con un beso y se entreveraron en un apriete zarpado. Él la apoyó contra la máquina. Ella lo apartó riendo: «pará, nos van a ver». Él, canchero, le dijo «¿Y qué?». La agarró del culo y siguieron franeleando. A Leticia se le pusieron rojas las mejillas. Los labios se le hincharon. Adrián sintió que ahora sí se le daba. Al rato le dolían los huevos. Si seguían frotándose iba a acabar con la ropa puesta. Miró a la caja. El que vendía fichas no estaba. Se llevó a Leti al fondo. Se metieron en una puerta que decía «Privado». Era un cuartito con estantes de metal, repuestos, un escritorio, algunas herramientas, rollos de cable. La apoyó contra una pared. La dio vuelta. Le bajó el jean y la bombacha. La obligó a arquear el cuerpo. Se escupió la mano, se lubricó con saliva. Estaban muy calientes. Se la metió pero rebotó como si fuera de goma.

—No sabés lo cerrada que la tenía. Virgen mal.

Volvió a intentarlo. Leticia gritaba que así no, que le dolía. Entonces

Adrián me cuenta, muerto de risa, que vio una lata de WD-40. Se untó con el aceite afloja tornillos y entró como por un tubo.

—¿Sin forro se la metiste?

—No podía pensar, Norman, te juro. Si hasta le acabé adentro. No me importaba nada. Pero ya le vino por suerte. Misión cumplida. ¡La desvirgué!

El árbitro llamó a los capitanes para el sorteo inicial. Me acerqué al círculo central. El 2 de los contrarios caminó hacia mí: un rubio morrudo, petiso pero bien armado. Me extendió la mano.

—Soy el hermano de Juliana —dijo.

Tenía la cara parecida a la rubia que quería cogirme. Fea imagen.

—Yo soy el 9. Me vas a tener que marcar —dije con una sonrisa.

A él no le dio gracia. Me miró raro. El árbitro hizo el sorteo: sacaban ellos.

Tardé unos minutos en quedar corriendo pegado al hermano de Juliana. La pelota no me llegaba, así que me moví para buscarla, cuando de pronto sentí la respiración del 2 sobre la nuca. Raro. Quise salirme: corrí hacia la derecha. Él me siguió. Del fondo me tiraron un pelotazo. Ambos corrimos atrás de la pelota y si bien ninguno de los dos pudo evitar que saliera al lateral, él me empujó sin necesidad. No le dije nada. Me la banqué. Eran roces normales. Hasta que quedé dándole la espalda una vez más y sentí un fuerte golpe en la cintura: me había pegado un cortito.

—¿Qué hacés? —dije.

—¿Qué pasa, bobo?

No entendí su agresividad. Lo ignoré. No pasó un minuto, que me dio un rodillazo en el muslo.

—La concha de tu madre —me dijo, además—. Te voy a cagar a piñas.

—¿Que estás, loco?

Me escupió en la nuca. Eso me enfureció.

—Ah, ya sé... —dije con cinismo—. Te enteraste de que tu hermana me quiere chupar la pija.

Apenas lo dije me arrepentí. No tenía nada contra Juliana; había sido un ataque de ira. Él se puso furioso.

—Tócala y te mato.

Salí corriendo hacia adelante justo cuando el rústico iba a detonar. Entonces me tiraron un pase en profundidad por uno de los laterales. Piqué en diagonal. Vi que el 2 se había quedado. Le había sacado un cuerpo de ventaja. La jugada proponía un contacto sí o sí. Uno de los dos iba a salir lastimado. Llegué antes y paré la pelota contra la raya. Sabía que el defensor se iba a tirar con todo al piso, así que levanté la pelota y salté. Efectivamente, el rústico siguió de largo sin tocarme. Tuve la suerte de que al caer, le pisé los huevos con los tapones de aluminio. Se armó un tumulto. Los rivales me querían pegar, mis compañeros me defendían y el hermano de Juliana tuvo que salir de la cancha porque no podía caminar. Se la pasó insultándome desde afuera. Cuando terminó el partido ninguno de los técnicos dejó que nos cruzáramos y la cosa terminó ahí.

Después de la ducha volví al sector de canchas para ver jugar al equipo de Adrián. En las gradas, Leticia y Juliana esperaban el arranque del partido. Ambas me vieron llegar. Juliana se levantó y se fue. Le di un beso en la mejilla a Leticia.

—¿Y a esta que le pasa? —dije.

—Preguntale...

—¿Le hice algo?

—No sé... ¿le hiciste algo?

—Que yo sepa no.

—¿Decirle al hermano que ella es una puta no es hacerle algo?

—Qué buchón... —suspiré con odio.

Ahí se iban para siempre mis chances de cogerme a Juliana.

Le expliqué a Leticia lo que había pasado: las provocaciones, los códigos del fútbol, que él la había empezado. Se lo había dicho para molestarlo y me había arrepentido. Tenía que haber quedado todo en la cancha.

—No creo que Juli te perdona —dijo Leticia.

Nos quedamos mirando el partido en silencio. Entonces me pareció que estaba triste.

—¿Vos cómo estás? —le pregunté.

Tenía curiosidad por los detalles de su debut sexual. Noté que quiso evadir la respuesta. Era rarísimo. Tenía que estar feliz, magnética. No así.

—Mmm.

Significaba «ni bien, ni mal».

—¿Con Adrián todo bien? —dije.

—¿Él no te contó nada?

—¿De qué?

Leti hizo una mueca. Buscó la mentira en mis ojos. Le sostuve la mirada. Con toda la compasión del mundo, dije:

—¿Qué pasó? ¿Me quieres contar?

Sus ojos estaban rojos. Tragaba más de la cuenta. Hacía un gesto torciendo la boca en un intento vago por callar. No éramos tan amigos como para que me contara intimidades pero era obvio que necesitaba hablar con alguien.

—No estamos muy bien con Adrián. Yo lo quiero, me parece un divino; pero me presiona mucho para coger. Yo siento que todavía no estoy preparada.

Leticia no percibió mi confusión por su versión de los hechos.

—Siempre soñé con que mi primera vez iba a ser súper romántica —siguió—. Él recién bañado, con el pelo todavía mojado, llegando hasta la cama donde yo lo espero desnuda. La luz tenue. Música. Pero tu amigo no es así. Es medio... no sé... tosco. Va directo. No demuestra cariño. Yo sé que me quiere. Pero es así su manera. El otro día íbamos caminando por la calle y un camionero me tocó bocina. ¿Sabés qué hizo? Me agarró una teta para que el tipo viera que soy suya. Es eso lo que me molesta. Hay veces que me trata como si fuera un pedazo de carne.

Yo sabía perfectamente qué quería decir.

—Estamos juntos hace un mes. Sé que no puedo estirarla más. Él quiere todo ya. Dice que lo necesita, que le duelen los huevos cuando apretamos, que eso hace mal al cuerpo. Yo no quiero hacerlo así.

Parecía angustiada. Dejando de lado que Adrián era un misógino que nos mentía o exageraba sus historias sexuales, le di el único consejo posible.

—No hagas nada que no quieras, Leti. Si te quiere te va a esperar.

—Eso es lo que más miedo me da —dijo—. Que me deje por pendeja. Que otra le dé lo que yo no le doy.

De pronto me clavó la mirada.

—Prometeme que no le vas a decir nada —dijo mientras me apuntaba con el dedo.

—Ni lo tenés que decir. Soy tan amigo tuyo como de él.

Entonces lagrimeó. Me sentí incómodo. Leticia pasó de la angustia a la tristeza. Me había abierto su corazón y estábamos ahí, solos, en las canchas de fútbol, sin que nadie nos viera. En la mitad del área contraria Adrián saltaba para cabecear una pelota. Después de unos segundos de inmovilidad, pasé mi brazo por detrás de su cuello, la agarré del hombro y la atraje hacia mí. Apoyó su cara en mi cuerpo y soltó un llanto repleto de dolor atragantado. Escuché los tonos agudos de su tristeza hasta que los reprimió. Retiró la cara de mi hombro. Me miró con vergüenza.

—Te llené la remera de moco —dijo.

Bajé la vista. Tenía una erección.

La culpa por ese pinchazo de deseo hizo que ni apareciera por el club el fin de semana siguiente. Los gritos de mi vieja interrumpieron mi tarde de ocio mirando videoclips en MTV.

—¡Teléfono!

Era Leticia.

—¿Qué hacés, desaparecido? —dijo.

La misma voz dulce y multitonal. La misma cadencia en el habla. Quiso, primero, arrancarme las razones de mi exilio. Le dije que había tenido fiebre, que por eso me había quedado en casa.

—¿Juliana sigue ofendida? —pregunté para cambiar de tema.

—Sí. Si querés puedo hacer que te perdone...

Dije que bueno (sentí que ya no podría decirle no a nada). Le pregunté por Adrián, por su conflicto, por sus preocupaciones. Seguían intactas. La sogá se estiraba y también su angustia. Pero ella no quería hablar de eso. Le conté de mí. Después de hablar un rato sobre Bon Jovi, juegos de computadora y el top ten de videos de rock, seguí con cosas del colegio. Esa semana había pasado algo más con el padre de Solomon. Varios habíamos ido a pasar el sábado a su club náutico y el papá nos pasó a buscar después. Llegó en una camioneta Mercedes Benz imponente, estilo safari. Salimos por Maipú, volviendo hacia Capital. El tráfico estaba imposible. El padre de Solomon insultó al aire y miró hacia el costado. La mano de enfrente estaba libre de autos. El tipo dio marcha atrás, torció las ruedas y subió la camioneta a la plazaleta que separa las manos de la avenida. Pensé que iba a girar en u, en busca de

algún camino alternativo. Pero no. Cruzó la plazoleta y avanzó por el carril contrario. ¡Íbamos por Maipú de contramano! Me estiré para ver el velocímetro. La aguja marcaba 70 km/h. Los autos que aparecían de frente hacían luces, tocaban bocina y nos insultaban, pero terminaban pasándose de carril.

—¿Pero quién es ese tipo? ¿Sabés? —me preguntó Leti.

—No tengo idea, pero que la tiene larga, la tiene larga.

Nos sentamos en las gradas de hockey sobre patines a ver GE-BA-Huracán. Adrián estuvo todo el partido abrazado a Leticia. Las cosas entre ellos parecían estar mejor. Juliana seguía sin hablarme: se sentó lejos de mí.

A la tarde, chicos y chicas nos separamos. Ellas tenían un cumpleaños. Nosotros volvimos a las épocas de machos solos: vagamos por el club, jugamos a la pelota y nos sentamos a comer unos Patys en las gradas de gimnasia artística, mientras mirábamos chicas en malla y tutú.

—Tienen que venir a La France. No saben la mina que me cogí el viernes —dijo Adrián.

El Francés le dio pie para que contara detalles. A mí la noticia me impactó. Me daba lástima Leticia. Estaba muy enamorada de Adrián, confiaba mucho en él. Hasta se sentía culpable por evadir el sexo. Mi amigo nos contó que se había tomado unos tragos en la barra y al rato ya se estaba encarando a una rubia. Se la había cogido en los reservados.

Yo masticaba bronca. Ni lo miré. Dejé de escuchar el cuento. Me concentré en la cinta roja de una gimnasta que dibujaba un trazo en el aire.

Más tarde los cuatro nos bañábamos en el vestuario. El Francés fue el primero en cerrar la ducha. Se secó y salió. Rafa lo siguió. Me quedé solo con Adrián.

—No da que cuentes lo de la mina. Leticia se va a enterar —dije.

—¿Qué? —se estaba enjuagando la cabeza y no me escuchó.

—Lo de la mina. No lo cuentes más. Estás humillando a Leticia y además se puede enterar. La vas a lastimar. No seas pendejo. Es una buena chica. No se lo merece.

Sacudió la cabeza, se pasó las manos por la cara y escupió agua.

—Tenés razón. Pero no sabés lo buena que estaba la rubia... Soy un bocón, ¿no?

—Un poco —dije y los dos nos reímos—. Cuidala más. Ella te quiere.

Aseveró con la cabeza. Se acercó y me dijo algo que no tenía nada que ver con lo que estábamos hablando.

—¿Para vos juega bien la Selección?

Lo miré sin entender. Hasta que sentí un ardor en la pierna: me estaba meando.

—La concha de tu madre —dije sin poder aguantar la risa.

El otro sábado llegué tarde al club. Me quedé esperando a mi viejo porque necesitaba plata para pagar la cuota. Cuando llegó abrió un cajón y sacó una hoja con cupones en blanco fotocopiados. Falsificó el pago del mes, retiró el cupón de mi carnet y colocó el nuevo.

—Tomá —dijo sin pudor alguno.

Por eso tardé en entrar. Me quedé afuera, indeciso, con miedo a que me descubrieran, hasta que se amontonó gente en los molinetes y me mandé. Busqué a los chicos. No los encontré ni en las canchas de fútbol ni en los vestuarios. En el playón de voley, Juliana y Andrea tomaban sol. Leticia, alejada de las amigas, anotaba cosas en su agenda.

—¿Los chicos?

—No los vimos —dijo Leti.

Amagué a continuar la búsqueda.

—Pará. Quedate conmigo. Seguro pasan por acá —dijo mientras cerraba la agenda.

Me ubiqué a la sombra. Leti tenía la remera arremangada y el sol le pegaba en los hombros desnudos. Tenía la piel morena, con unas peqñitas bien distribuidas. Andrea se había quedado dormida. Roncaba. Nos miramos con Leticia y nos reímos.

—¿Qué escribías? —dije.

—La uso de diario. Anoté cosas de ayer.

—¿Con Adrián todo igual?

—Igual. Te quería aclarar algo. La otra vez que me puse a llorar... no lloraba por lo de coger. Mis viejos... se están separando.

Esto último lo dijo bajando la voz. Miré a Juliana: estaba en su mundo.

—Ellas ya saben. Pero no quiero que escuchen lo que hablo con vos —dijo.

Me contó que la madre se había hartado del padre y lo había echado de la casa. Después de casarse, él había cambiado mucho. Antes era romántico, divertido. Pero los últimos años se la pasaba tirado mirando tele. Victoria, la mamá de Leticia, era la secretaria del presidente de Tchint. Omar, el padre, había perdido el trabajo y no parecía preocupado. Victoria se deslomaba laburando diez horas diarias y cuando volvía se encontraba, con desilusión, con que no sólo Omar no había hecho nada en todo el día, sino que ni siquiera lavaba los platos, pasaba la aspiradora o hacía la cama. No tardó en recriminárselo. Se peleaban mucho. Él aceptó buscar un trabajo. Durante meses salía de traje y con el diario bajo el brazo a la misma hora que Victoria. Hasta que la madre de Leticia descubrió que todo era una puesta en escena: Omar se metía en un café, leía las noticias, charlaba con desconocidos y de buscar trabajo, ni hablar.

Leticia adoraba al padre. El tipo siempre estaba de buen humor. La llamaba «princesa». Ella había heredado de él su simpatía. Cuando era chiquita se sentaba en el escalón de la puerta y saludaba a la gente que pasaba. Omar podía ser un desastre como marido pero como padre era irreprochable. Leticia lo vio hacer las valijas con mucha tristeza. Lo abrazó llorando antes de que se fuera. Él la besó en la frente.

—Nada cambia lo nuestro, princesa —le dijo antes de irse.

La historia me conmovió. Mientras me la contaba yo la veía chiquita, temerosa del mundo, desprotegida. Hizo una mueca de vergüenza, como si la separación de los padres fuera su culpa. Reprimí el impulso de abrazarla: en un segundo recordé que no estábamos solos. Metí la mano en la mochila y saqué el discman.

—Te quiero decir algo —dije mientras le ponía los auriculares en las orejas.

Pasé al tema diez. Puse play. Sólo ella escuchaba la canción, pero yo, que la sabía de memoria, calculé los veinte segundos de intro y recité para adentro la primera estrofa hasta el minuto quince. Espié su carita cuando se transmitía mi mensaje.

«I'll be there for you,
this five words I swear to you,
when you breath
I wanna be the air for you,
I'll be there for you».

Lo que Bon Jovi decía por mí era una demostración de amor pero en ese contexto no traicionaba a Adrián.

—Sos rebuen amigo, ¿sabés?

Bajé apenas la vista para no mirarla a los ojos.

—¿Tenés la letra? —dijo cuando terminó.

—En casa. Si querés te la traigo. O la podemos sacar juntos ahora.

La idea le gustó. Escuchamos la primera estrofa unas cinco veces. Anotamos las partes que entendíamos. No habíamos llegado a terminarla todavía cuando Juliana me tocó un hombro. Miró a Leticia, pero me habló a mí.

—¿Vamos a buscar a los chicos? —dijo.

Me había levantado el castigo.

El miércoles a la noche me quedé a dormir en lo de Adrián. Después de cenar nos encerramos en su cuarto. Me mostró unos juegos de computadora porno. En uno tenías que estimular una pija moviendo el joystick hasta hacerla eyacular. Otro era un Tetris donde las piezas eran personitas desnudas. Cuando nos cansamos de jugar sacó de abajo de la cama unas Playboy. Elegimos una cada uno y nos masturbamos. Ya satisfechos nos preparamos para dormir. Él apagó la luz del velador.

—Hay algo que no te conté —dijo en plena oscuridad.

—¿Qué?

—¿Te acordás de la rubia que me cogí en La France?

—Sí.

—El viernes me hizo una paja en los reservados.

—¿Y Leticia?

—¿Qué pasa con Leti?

—¿No te da cosa cagarla así? ¿No sospecha nada?

—Nada. Le dije que dormía en tu casa.

—¿Sos boludo? ¿Y a mí no me avisás? Mirá si llama...

—¿Leti te llama a tu casa?

Me había metido en un quilombo.

—Llamó una vez para preguntarme por qué no iba al club.

Se hizo un silencio.

—¿A vos te gusta Leticia? —me preguntó.

Se hizo otro silencio queapuré en romper.

—¿En qué sentido? Es tu novia...

—Si te gusta físicamente, tarado. Ahora que estoy también con la rubia me doy cuenta de que está mucho más buena. Leti casi no tiene tetas, el culo es muy grande y los tobillos, muy finos. La otra no sabés lo que es. Te da vuelta los ojos para adentro.

—No sé, no conozco a tu otra novia.

—No es mi novia... es mi amante.

Nos reímos en la oscuridad. Yo no tenía a nadie y Adrián tenía dos.

Un viernes salí con los chicos del colegio. Le avisé a mamá que si llamaba una tal Leticia dijera que yo estaba con Adrián y que nos habíamos ido al cine.

—¡Me ponés en un compromiso, vos y tus mentiras! ¡Y llevate algo de abrigo que está fresco! —dijo, como siempre, a los gritos.

Solomon me esperaba en la puerta con el motor en marcha y las luces encendidas. No había traído el Jeep: estaba en un BM negro.

A los veinte minutos nos paró la policía. Era obvio. Éramos siete adolescentes de dieciséis años amontonados en un auto de lujo. Nos faltaba un cartel luminoso que nos señalara. Miré preocupado a Tomás mientras Solomon frenaba a un costado.

—No pasa nada, no te preocupes —me susurró Tomás.

Tomás era el mejor amigo de Solomon. Conocía a su familia de toda la vida. Miré a través de la luneta. Un policía se bajó de la moto y caminaba hacia nosotros.

—Fijate que la merca esté bien escondida en la guantera —le dijo Solomon, nervioso, a Pepu, que estaba en el asiento del acompañante. Pepu se puso pálido. El policía estaba a pasos del auto. Pepu abrió desesperado la guantera. Transpiraba.

—¡Es una joda, boludo! —dijo Solomon.

Explotamos de risa, aliviados.

—Buenas noches —dijo el policía.

—Hola, máster —dijo Solomon.

—Papeles del auto y registro, por favor.

Solomon sacó la billetera y le dio una tarjetita blanca. El oficial se tomó unos segundos para leer. Al rato, se la devolvió a Solomon.

—Disculpe las molestias —dijo.

Saludó con venia militar y nos autorizó a seguir viaje.

En La Farola me senté al lado de Tomás. Del otro lado Solomon discutía acaloradamente sobre fútbol, defendiendo el juego amarrete y tramposo de Bilardo por sobre el lirismo que pregonaba Menotti.

—¿Qué dice la tarjetita que Solomon le dio al cana? —le pregunté por lo bajo a Tomás

—Es algo del Ministerio de Defensa. Le da inmunidad.

—¿Qué carajos hace el padre?

—¿Nunca escuchaste los rumores?

Tomás me contó todo. Se sospechaba que el tipo traficaba armas, aunque nunca le habían podido probar nada. Alguien de arriba lo protegía. Su familia descubrió que tenía una doble identidad: otro nombre, otros hijos, otra esposa. Un estafador de aquéllos. Ahora era dueño de unos aviones. Los alquilaba para vuelos chárter, llevaba empresarios y gente del gobierno por todo el país. La información la había circulado Pepu. Su padre trabajaba en la SIDE.

Horas después llegábamos a La France. Había una cola larga para entrar. Solomon habló con el de seguridad. Mis amigos entraban de a uno. Yo quedé último. A pasos de entrar, me sorprendió un llamado.

—¡Norman!

Era Leticia. Estaba en la cola con Andrea y Juliana.

—¿Qué hacés acá? ¿No estabas con Adrián?

Me había visto con el grupo del colegio. No pude reaccionar. Estaba en problemas.

—¿Me contestás? —dijo más molesta—. Entren que yo ahora voy —les dijo a las amigas.

—Si no pasan, córranse por favor —nos pidió el patovica.

Leticia me agarró de la muñeca. Nos apartamos. Me apoyé contra el paredón gris vecino.

—¿Con quién está Adrián? ¿Por qué me mintió? —dijo furiosa.

No le respondí. Leticia estaba muy nerviosa. Sabía que mi silencio confirmaba cada una de sus dudas. Yo no quería participar de la mentira de Adrián. Leticia no tardó en cansarse.

—Voy a entrar. Pensé que eras distinto —dijo, y giró hacia a la puerta. Si Leticia entraba al boliche podía encontrar a Adrián con la rubia. Reaccioné a tiempo. Fui yo ahora quien la agarró de la muñeca.

—Pará. Vení. Acompañame a comprar una Coca así te calmás un poco.

Leticia tironeó. Como yo no era el malo de la película accedió a seguirme. Cruzamos la calle. Entramos al Complejo La Plaza. Compré dos Cocas en el kiosco. Nos sentamos en un asiento de piedra. El enojo la hacía más linda. Empezó a quejarse de Adrián, de su padre, de los hombres. Se puso triste. Una lágrima le corrió el rímel de los ojos. El labio inferior, pintado de bordó, le temblaba.

Entonces la besé.

Fue un beso dulce, que duró unos segundos. Después alejé la cara. De cerca era hermosa. Noté confusión en su mirada. No le di tiempo a que pensara. Me acerqué de nuevo y le di un beso largo con lengua, lleno de amor. Ella me puso una mano en la mejilla. Acercó su cuerpo. Pude sentir su calor, su olor, su deseo. Apoyé mi mano en su rodilla desnuda. Sentí la textura de esa piel que tanto había deseado. Sentí una erección que me obligó a moverme, en un intento vano por disimularla. Estábamos al aire libre, en un lugar público. Leticia me sorprendió: me acarició el bulto, como si quisiera comprobar el alcance de sus poderes. La tela de jean no fue un obstáculo. Tenía la mano en el lugar correcto y la movía sabiamente. No tardé en sentir un calor húmedo en los calzoncillos. Y después, un frío pegajoso molesto. La mente también se me enfrió. Habíamos sido víctimas de un ataque de emoción violenta.

—Estoy enamorado de vos —le dije.

Leticia quedó petrificada. Me miraba. Me arrepentí de inmediato. ¿Cómo le voy a decir eso? ¡Qué pelotudo! ¡Ahora va a salir corriendo, lejos del psicópata al que le hacés una paja y se enamora! ¡No puedo ser tan forro! La tenía en la punta de los dedos y se me va a escapar para siempre. Pensé todo esto mientras le sostenía la mirada sin saber bien qué hacer. Ya no podía desdecirme ni pedirle perdón. Por suerte hablé ella.

—¿Qué vamos a hacer con Adrián? —dijo.

Pocas veces viví una mañana como la del día siguiente. Sentía una felicidad suprema. La culpa era un mosquito que zumbaba apenas, metiéndose en los recuerdos del episodio con Leticia, que se me repetía una y otra vez. Tenía que decirle la verdad a Adrián cuanto antes, pero eso era un trámite. Me levanté de la cama y abrí las persianas. Llovía. El clima me hacía zafar de ir al club. Llamé desesperado a Leti. Necesitaba oír su voz. Sentía en el pecho un cosquilleo constante. Hablamos un rato largo. Le conté cosas que le había ocultado. Planes. Necesidades. Me dijo que Adrián la había estado llamando.

—No lo atendí. No quiero hablar más con él.

Ella lo tenía que dejar. Yo iba a esperar a que Adrián hiciera su duelo y después le confesaría lo mío con Leticia. Planeamos una pequeña manipulación de fechas para que no le doliera tanto la traición.

Corté. El timbre del teléfono fue inmediato. Atendí.

—¡Al fin! ¡Tu casa da todo el tiempo ocupado!

Era él. Estaba preocupado porque Leticia no lo atendía. Tal como supuse, él estaba en La France con la otra chica. Juliana y Andrea se lo encontraron adentro y le dijeron que yo estaba afuera con Leticia y que ella estaba furiosa.

—¿Sabe todo? —me preguntó.

—Sabe que le mentís.

—¿Estás bien? Te noto raro...

—Estoy enojado. Sos un pelotudo. Te dije que no me usaras de coartada.

—Me quiero matar. Me va a dejar. La rubia no me gusta tanto, al final.

Me dio un poco de pena. Ahora que se le pudría todo dejaba de ser el cancherito bocón de siempre.

Los sábados a la noche mis viejos iban a una organización que se dedicaba, decían, al estudio de la vida. El creador de esa doctrina había escrito más de 20 libros y entre sus discípulos habían fundado un edificio con salones para conferencias y hasta un colegio. Mis padres leían y releían esos libros porque decían que estudiándolos aprendían a ser mejores personas. Mientras papá se ataba la corbata y mamá buscaba en el placard algo que ponerse, yo contaba los minutos para quedarme solo. Tenía que prepararme para recibir a Leticia.

Ordené mi habitación, pasé la aspiradora y cambié las sábanas. Ya con la casa para mí hice tiempo con el Double Dragon. La repetición de pantallas me tranquilizaba. Hasta que sonó el timbre. Apagué la compu. Desparramé algunos cd's y puse «Soul Provider», de Michael Bolton.

Abrí la puerta. El significado de verla ahí, producida y maquillada me emocionó. Más allá, una mano saludaba desde un taxi.

—¡Andá, mamá! —gritó Leti.

Entró. La abracé con desesperación. El beso de la noche anterior me había dejado con ganas de más. Nos matamos contra la puerta cerrada. Después le mostré la casa: los consultorios de mis viejos, la sala de espera, el pasillo interior, la cocina, mi pieza. Le pregunté si quería tomar algo mientras dejaba la campera sobre la silla de la compu y se sentaba en mi cama. Cruzó las manos sobre las rodillas. Estaba tan nerviosa como yo.

—¿Te gusta esta música? —dije.

—Sí.

La dejé esperándome unos minutos. Fui al baño y me desvestí. Me puse una toalla en la cintura. Abrí la canilla de agua fría. Me mojé el pelo. Aparecí así en la habitación. Leti estaba recostada en la cama. Sonaba «How am I supposed to live without you». Entré decidido y me tiré a su lado. La besé en la frente, en los ojos, en las manos, en el cuello. Le abrí los botones de la camisa. Dominaba con éxito mi desesperación. Esa tranquilidad fue clave para que se sintiera contenida. Le besé los hombros, las manos, la panza, mientras tiraba de las mangas para dejarla en corpiño. Desabroché el botón del jean con la misma delicadeza. Bajé el cierre como si fuera una tarea cotidiana. Ella era una gata. Yo tenía que evitar los movimientos bruscos para no asustarla. Cuando le saqué la bombacha dobló una pierna y cerró la rodilla hacia adentro, en clara señal de vergüenza. Me deleité con el pelo del pubis. Le besé los lunares. Ella se arqueó: cosquillas. Le pasé las uñas por la panza. Tembló. Abrí la cama. Tiré la toalla al piso. Ella también tiró la toalla, pero metafóricamente. Nos metimos abajo de las sábanas. Nos besamos sin parar hasta que entramos juntos y de la mano a esa dimensión desconocida donde dejábamos de ser, para siempre, vírgenes.

El finde siguiente encontré a los chicos jugando al fútbol en las canchas del fondo. Me contaron que Adrián estaba destruido. Lo vi sentado estilo indio, en la otra punta. Comía pasto. Me senté a su lado y lo abracé.

—No sé por qué estoy tan mal —dijo.

—Por ahí te diste cuenta de que la querías.

—No, no es eso. Siento que la defraudé. Fui su primer tipo, ella confiaba en mí y la traicioné. Por ahí es verdad que se merece alguien mejor que yo.

—Ya está. La próxima mina buena que te enganches tratá de no cagarla y listo.

—O que no se entere.

—O eso, sí —dije.

Que Leticia cortara la relación dividió al grupo. Adrián nos prohibió los lugares típicos de chicas (canchas de voley, patín artístico, pileta) y ellas evitaban los nuestros (canchas de fútbol, refectorio, gimnasio). Me dolía saber que Leti estaba cerca y no poder verla. La buscaba con la mirada, podía sentir su presencia. Disimulaba la ansiedad frente a mis amigos. Era un espía de incógnito. Sólo pensaba en ella.

Cuando no pude más, me separé de los chicos con una excusa.

—Tengo que pagar la cuota, ahora vengo.

Recorrí todo el club. La encontré junto a sus amigas, hablando en la puerta del vestuario de mujeres. Saludé a las tres con un beso. Le metí un papelito en el bolsillo a Leticia que decía: «A las 5 en los quinchos».

La esperé más de media hora. Justo cuando pensaba que no vendría la vi llegar agitada. Me bajé de una de las mesas de cemento. Corrí a abrazarla.

—Acá no. Adentro —me cortó.

Pasamos a uno de los quinchos: una especie de vagón con mesas y bancos de concreto pintados de celeste, con puertas corredizas y techo de tejas. Había un olor a humo insoportable.

—Juliana sospecha —me dijo después de un beso largo—. Me preguntó si me pasaba algo con vos.

—¿Qué le dijiste?

—Que no.

Nos sentamos arriba de una mesa y transamos. Se me cruzó la idea de coger ahí: los quinchos eran lugares abandonados y muchos lo usaban para eso. Pero no me animé a proponerlo. Era demasiado sórdido para el amor que estábamos construyendo.

El lunes cuando salí del colegio vi que pasaba algo fuera de lo normal en la calle. Cinco chicos de otro colegio esperaban a alguien. Yo iba con Tomás. Tardé en darme cuenta de que uno de ellos era Adrián.

—Hijo de puta, traidor —me gritó.

Me agarró de la solapa del blazer. Yo estaba aturdido. Me zafé como pude.

—Pará, Adrián, tranquilízate.

—Te estás cogiendo a Leticia, hijo de puta. Te voy a matar.

—¡Qué decís!

—Juliana los vio en los quinchos, garca.

Sus compañeros me rodearon. Me amenazaban. Tomás intercedió. Le puso la mano en el pecho a uno, que lo invitó a pelear. Estaba a punto de explotar una guerra. Alumnos de mi colegio se amontonaban para ver la pelea o prenderse en la batalla campal.

—No pueden venir a copar la parada —le decía Tomás a uno.

—El flaco le cogió la novia. No se la puede llevar de arriba —escuché que explicaba otro.

—Que se peleen en otra parte. Acá mandamos nosotros.

Adrián aprovechó el desconcierto: me tiró una piña. No llegó a tocarme. Tomás lo empujó.

—¿Qué lo tocás? —dijo otro toreando a Tomás.

—¡Eh! ¿Qué pasa acá? —dijo una voz de repente.

Era Solomon. Caminaba como si fuera el dueño del lugar. Se abrió paso entre la gente. Tenía la vista fija en uno de los laderos de Adrián. Se metió las manos en los bolsillos y fue hasta él.

—Váyanse —dijo.

—¿O si no qué? —dijo el ladero.

Solomon se lo quedó mirando sin sacar las manos de los bolsillos.

—Váyanse.

Adrián se acercó al oído del amigo y le susurró algo. Recordé que yo

le había contado historias de Solomon. Con él no se jodía. La cara del otro se deformó.

—¡Adrián! Bancátela. La mina ahora está con él —dijo Solomon.

Era mejor que se fueran. Adrián arrió a sus amigos. Ya más lejos retomaron los gestos amenazantes y los insultos. El riesgo se había evaporado pero las piernas me temblaban. Acababa de perder un amigo. Y había ganado otro.